

José Luis Moreno Pestaña, *Retorno a Atenas. La democracia como principio antioligárquico*, Madrid, Siglo XXI, 2019, 286 pp. [ISBN: 978-84-323-1964-8].

La democracia ateniense ha captado la atención de un amplio espectro de intelectuales a lo largo del tiempo. Como se desprende del libro de Moreno Pestaña, cada uno miró hacia Atenas desde un contexto específico que determinó su perspectiva. En esta última se incluye la elección de fuentes e ítems de análisis, preferencias que suelen responder a una voluntad comparativa, pero también de aprendizaje, con respecto a la contemporaneidad de cada estudio. Precisamente tal es el espíritu que anima la escritura de esta obra, que nace de la inquietud que suscitó en su autor el surgimiento de asambleas públicas en España durante el denominado 15M. Antes de ofrecernos su propia visión, propone un “retorno a Atenas” desde la Francia de los años 80 del siglo XX que se convierte en el eje fundamental del libro: a través de Foucault, Castoriadis y Rancière como protagonistas, Moreno Pestaña reflexiona sobre cómo estos autores pensaron la democracia ateniense considerando, en cada caso, los factores coyunturales que condicionaron su recepción.

De hecho, ya en la introducción se defiende, en contra de la descontextualización propia del escolasticismo e inspirándose en Ortega y Gasset, una aproximación a la historia de la filosofía que atienda no sólo al contenido intelectual de las ideas, sino también al entorno en el que fueron gestadas. Esto plantea la problemática de la definición de las fuentes de la actividad filosófica y, con ello, de la delimitación de la disciplina. En contraste con el afán de preservación de esta última, que incurre en distorsiones del legado clásico, Moreno Pestaña sostiene la necesidad de concretar un ámbito de análisis más allá de las obras filosóficas que permita comprender el modo en que se acoge la tradición. Destaca a continuación tres cuestiones relativas al funcionamiento de la democracia ateniense que, a su juicio, sirven para repensar la actualidad: la incorporación de la mayoría a la toma de decisiones en detrimento de los conflictos oligárquicos (que el autor nombra como “tangente de Edipo/Creonte”); la capacidad de fijar cuándo y para qué se recurre al especialista mediante procesos electivos que conviven con el sorteo (“una epistemología política del especialista”) y la tentativa de frenar la reconversión del capital económico en capital político (“un principio de motivación antifaccioso de la libido política”). Estos tres elementos serán retomados en la “coda” del libro como enseñanzas que podrían haber modificado el camino del 15M, pero sin desestimar las dificultades que esto hubiese comportado.

Sin embargo, el cuerpo de la obra está dedicado a la comunicación que establecieron con los clásicos los tres autores ya citados, tema que se estructura en siete capítulos más un octavo a modo de síntesis y conclusión. En el primero de ellos se describe el horizonte biográfico, político e intelectual en el que se movían. En una Francia marcada por la crisis del marxismo, los trabajos de Vernant o Vidal-Naquet resultaron cruciales para abrir una línea de estudio de las alternativas políticas mediante el examen de la antigüedad. Dentro de ella, Foucault, Castoriadis

y Rancière dialogaron, de manera más o menos polémica, con señalados críticos del marxismo (Arendt y Habermas). Con todo, si algo diferencia a esta tríada en su vuelta a Atenas, son sus elecciones. Así, Moreno Pestaña presenta algunos objetos de estudio escogidos por cada autor, enfatizando que cada uno insiste sobre los aspectos que le interesan y elude los que le resultan indiferentes o los que desea relegar a un silencio paradójicamente elocuente. Según se afirma, será precisamente en estos sesgos donde hallaremos una conexión con la actualidad que nos resulte útil para meditar sobre la democracia asamblearia. A tal efecto se expone la noción de “asamblea”, apuntando los mecanismos requeridos para que esta funcione correctamente. Siguiendo la perspectiva de Bentham, se enuncian tres elementos esenciales: conocimiento, motivación y moral, ingredientes alrededor de los cuales se articulará la discusión sobre las asambleas en el último capítulo del libro. El primero finaliza con argumentos aristotélicos para concluir que todos los sistemas políticos concretos son regímenes híbridos y para hacer hincapié en la importancia del censo (explícito e implícito) en la definición de la participación política en las asambleas.

El segundo capítulo se encuadra en el viraje ideológico que, hacia finales de los setenta, se produce en el seno de la intelectualidad francesa, conllevando la renuncia al radicalismo y un diálogo diferente con Marx. Para ilustrarlo, se abordan las lecturas foucaultianas de la tragedia *Edipo Rey*. La primera está condicionada por el encarcelamiento de izquierdistas y la militancia frente al maoísmo, que llevó a Foucault a interesarse por la jurisdicción en la Grecia antigua y a leer la tragedia en esa clave: recurriendo a Aristóteles en oposición a los sofistas, verá en *Edipo Rey* la génesis de una nueva verdad compartida desligada del poder y sostenida por testigos ordinarios. La segunda, ya desprovista de conceptos marxistas, acusa despreocupación por la realidad institucional de la democracia ateniense y, en consecuencia, desdeña su papel en la moderación de la explotación, dibujando una Atenas que esconde grandes desigualdades bajo una aparente objetividad. En contraste con esta visión, Moreno Pestaña termina el capítulo aludiendo a la perspectiva desarrollada por Marx y Engels, la cual, mediante su valoración del control democrático de los desequilibrios sociales, podría haber matizado la mirada foucaultiana.

Dejando a un lado posibles influencias que no cristalizaron, el tercer capítulo se estructura alrededor de un autor que tuvo en cuenta los análisis de Foucault y Castoriadis: Rosanvallon. Partiendo de sus trabajos, se describe la postura de la “segunda izquierda” francesa, caracterizada por una actitud anticapitalista que, no obstante, se aparta del comunismo restituyendo el mercado. Se impone entonces un inciso teórico sobre la democracia económica radical que enlaza intermitentemente con algunas formulaciones de Foucault (favorable al liberalismo como contención de la disciplina estatal) y Castoriadis (partidario de la autogestión). Solo al final del capítulo se vincula la discusión sobre la democratización de la economía al interés que surge en los años ochenta por el régimen ateniense, estableciendo que la primera precede al segundo.

El cuarto capítulo se consagra a las contribuciones de Rancière al tema del sorteo en conexión con la democracia antigua y las aportaciones de Castoriadis y Manin. Tras describir distintas posturas sobre la ley del valor, enfrentando a Marx y a Castoriadis, se recurre al segundo para distinguir entre compartir el poder y participar en él. En la participación entra en juego la institución ateniense del sorteo que, siguiendo el principio de igualdad aritmética, fomenta el acceso a la política. Con todo, según sostiene también Rancière, es precisa una fase previa que, rigiéndose por la igualdad

geométrica, defina un valor primero: hasta dónde llega lo participable. El resto del capítulo se articula en torno a cómo la distribución de igualdad aritmética y geométrica marca la diferencia entre democracia y oligarquía. Se aborda la alternativa platónica a la primera para oponer el elitismo del filósofo clásico a la repartición masiva del capital político. Se pone de relieve la repercusión que la obra de Manin tuvo sobre Rancière, en especial en lo tocante al estudio de las instituciones de la democracia ateniense (apoyado en Hansen). Se explica cómo, valiéndose de esto, Rancière desvela los elementos irracionales de la elección, así como la capacidad del sorteo para revelar cualidades ignoradas en individuos comunes. Moreno Pestaña finaliza este apartado refiriéndose a la recuperación del pasado como manera de pensar el presente, ya sea para desconfiar del progreso o para revisar la actualidad.

El capítulo siguiente expone la perspectiva foucaultiana de la democracia ateniense como un sistema de competencia entre notables en el que la participación popular es, *de facto*, escasa. Esta visión está condicionada tanto por una lectura radical de Weber, inspirada en la tesis de Veyne, como por la elección de fuentes de tendencia oligárquica y la pobreza analítica en lo relativo al aparato institucional. Para ilustrarla, Moreno Pestaña se fija en el estudio que realiza Foucault sobre la tragedia eurípidea *Ión*. En ella el protagonista, desconociendo su verdadera ascendencia, se identifica con el bastardo del rey de Atenas, un monarca naturalizado pero de origen extranjero. Ante tal procedencia, Ión no se siente legitimado para tomar el poder, para ejercer unos derechos que, *de iure*, sí posee. La lección que se extrae es que la *isegoría* o “igualdad de palabra”, de carácter formal, no es suficiente para adoptar sin temor la *parrhesía* o “franqueza” en la asamblea, pues las desigualdades ligadas a la genealogía y al prestigio permanecen. Esta percepción de un dominio efectivo de las élites, que Foucault extrapola a la Atenas democrática, tiene su raíz en el desconocimiento (o sesgo selectivo) de los mecanismos institucionales que inhabilitan este tipo de componentes aristocráticos. Así y todo, Moreno Pestaña valora positivamente las aportaciones de Foucault en tanto que útiles para el reconocimiento, en sociedades actuales formalmente democráticas, de desigualdades. El autor introduce los dispositivos atenienses que subsanaban estas últimas hacia el final del capítulo refiriéndose, entre otras cuestiones, a la reforma de Clístenes.

Sin embargo, es en el sexto capítulo donde se muestra la solidez de los mecanismos de corrección que utiliza la democracia ateniense para evitar que el sistema se estructure a partir de conflictos oligárquicos. Se analizan las lecturas de la democracia periclea realizadas por Loraux, Foucault y Castoriadis constatando, en cada una de ellas, una aproximación diferente a la *Oración Fúnebre* en función de los pasajes que escogen, así como de la disciplina y de los condicionantes ideológicos desde los que se acercan a Tucídides. Loraux, como historiadora, se desmarca de los credos políticos y evita los anacronismos; en su estudio argumenta que los discursos poseen elementos de diversa procedencia, atribuyendo al de Pericles una miscelánea de ideología democrática y valores aristocráticos. Foucault, en cambio, sobreestima los ingredientes desigualitarios de la democracia olvidando el poder correctivo de sus instituciones. Castoriadis, por su parte, se centra en los dispositivos democráticos de autocontrol (el sorteo, los salarios públicos, la *graphé paranómon*...) para defender una participación política masiva en Atenas.

Según se sostiene en el séptimo capítulo, en las reflexiones de Castoriadis podríamos vislumbrar algunas comparaciones entre la experiencia bolchevique y la democracia ateniense enfrentada a Esparta. Se muestran, por una parte, las diferentes

actitudes que se pueden tomar en una situación similar, de carácter bélico, en función del espíritu del régimen: el debate en torno al conocido episodio de Mitilene pone de relieve el contraste entre las instituciones democráticas y la dictadura bolchevique. Por otra, frente al devenir totalitario del Estado soviético, la democracia controla la tendencia a la tiranía rechazando el cientificismo propio del marxismo-leninismo. Así pues, el régimen ruso se concebiría como la perversión de una democracia revolucionaria.

Como ya anticipábamos, el capítulo octavo resume lo analizado hasta entonces añadiendo reflexiones sobre cómo pensar la actual crisis de la democracia representativa a partir de las contribuciones estudiadas. Conviene, pues, realizar una valoración de la obra y, en especial, preguntarnos qué aporta al lector perteneciente al ámbito de la historia. En este sentido, es preciso mencionar que Moreno Pestaña es profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Granada y, como tal, su producción es de carácter eminentemente filosófico. Además, el autor deja claro, desde un principio, que su finalidad trasciende la investigación sobre el pasado, ya que aspira a obtener lecciones aplicables al presente. Quizás de ello se deriven las reservas que, como historiadores, nos puede suscitar la obra, en la que se echa en falta regularidad en la cita de las fuentes clásicas o la inclusión de una bibliografía final. Hallamos reiteraciones que no siempre ayudan a crear un argumento integrador a lo largo del libro, probablemente producto de la agrupación de trabajos previamente publicados. Esta circunstancia redundante también en la combinación de consideraciones de naturaleza dispar que podrían semejarnos digresiones hacia temas hermenéuticos o económicos. No obstante, por lo general aportan una positiva interdisciplinariedad. De hecho, la obra es, a mi juicio, muy recomendable para ser leída desde cualquier campo de conocimiento. En lo que concierne a la historia, estimo particularmente provechosa la propuesta de pensar tres tiempos a la vez (la democracia ateniense, la Francia de los ochenta y nuestro presente) sin olvidar las singularidades coyunturales de cada uno, recordándonos, de este modo, que las ideas se gestan en un contexto específico que las determina y al que debemos atender de cara a su efectiva comprensión.

Nerea Terceiro Sanmartín
Universidade de Santiago de Compostela
nerea.terceiro.sanmartin@usc.es